

DIOS EN WALL STREET

Las cosas de Dios en las empresas de hoy

ANTONIO VÁZQUEZ

**DIOS
EN
WALL
STREET**

Las cosas de Dios en las empresas de hoy

Dios en Wall Street: Las cosas de Dios en las empresas de hoy
Antonio Vázquez

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).

De esta edición:

© 2018, Antonio Vázquez

© 2018, Hexa Editores

HEXA EDITORES

C/ Hermosilla, 84, 1.º dcha.

28001. Madrid

hexaeditores.com

ISBN: 978-84-947825-3-4

Serie Pensamiento, 1

Nota sobre enlaces a páginas web ajenas: Este libro puede incluir enlaces a sitios web gestionados por terceros y ajenos a Hexa editores que se incluyen sólo con finalidad informativa. Hexa editores no asume ningún tipo de responsabilidad por los daños y perjuicios derivados del uso de los datos personales que pueda hacer un tercero encargado del mantenimiento de las páginas web ajenas a Hexa editores y del funcionamiento, accesibilidad o mantenimiento de los sitios web no gestionados por Hexa editores. Las referencias se proporcionan en el estado en que se encuentran en el momento de publicación sin garantías, expresas o implícitas, sobre la información que se proporcione en ellas.

A mi amigo Charlie, que hace vida cada página
de este libro mientras camina por las calles de
su querido Nueva York.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	IX
CAPÍTULO I	
¿Dios existe?	1
CAPÍTULO II	
Dios y los hombres de hoy	31
CAPÍTULO III	
¿Vive Dios en Wall Street?	57
CAPÍTULO IV	
Las empresas de hoy y el Dios de siempre	79
CAPÍTULO V	
Tan solo historias	101

INTRODUCCIÓN

“Si conocieras el Don de Dios”

San Juan, cap. 4, 10-11

La verdad es que no sé muy bien cómo me he metido en este jaleo. Supongo que Dios algo tiene que ver en todo esto. Lo cierto es que soy un ejecutivo, como tantos. En mi caso, pertenezco al primer banco de la zona euro y el sexto del mundo. Te basta mirar el periódico para saber cuál es. Trabajo aquí desde hace más de nueve años, pero antes lo hacía en otras compañías parecidas.

Mi despacho está en la Ciudad Financiera. Se llama así el monumental complejo que la entidad ha construido para albergar sus oficinas centrales a nivel mundial. Es un conjunto de edificios ultramodernos dispuestos de manera ordenada en un ambiente armónico y estable, donde la vegetación (más de 30.000 especies diferentes) se combinan con los múltiples y diferentes servicios, previstos para aten-

der y hacer más confortable el trabajo cotidiano de sus casi 8.000 empleados. Instalaciones deportivas, una guardería para más de 500 niños, restaurantes de diferentes países, tiendas, residencia, centros de formación, climatización perfecta, mobiliario ergonómico... hasta un campo de golf. Pocas obras pueden transmitir tanta fuerza y al tiempo tanta armonía en una construcción civil.

Todo un espectáculo que no deja de impresionar a quien llega por primera vez. Los mejores materiales, todo exquisitamente cuidado y ordenado. Es como una gran casa, donde los propietarios no han escatimado en medios, convencidos de que su cuidado forma parte de la imagen que la entidad quiere dar al resto del mundo.

Dicen que es una de las pocas instalaciones de estas características que existen, y está teniendo tanto éxito que algunas compañías importantes están diseñando proyectos similares.

Ha sido ahí, mientras paseaba por uno de sus imponentes pasillos mirando una iluminación casi impecable a la caída de la tarde, cuando me planteé esa pregunta que todo hombre se hace alguna vez y que todos, en cualquier caso, anhelamos responder. ¿Dios existe? ¿Es posible que Dios esté aquí?

Pasear por estos pasillos es hacerlo, sin duda, por uno de los grandes monumentos que el dinero y el poder pueden crear. Viendo lo que los arquitectos han conseguido, la exactitud con la que sus ejecutivos manejan los medios que han puesto en sus manos, y la coherencia que parece

reinar en todas partes, uno podría llegar a pensar que Dios no es necesario, que el mundo financiero ha sido capaz de construir lo que la fe de los pueblos no es capaz de mantener. Y no puedes por menos que preguntarte ¿estará Dios aquí? ¿De verdad es necesario algún Dios cuando las cosas solas marchan tan bien? ¿Puede Dios vivir en lugares como Wall Street?

La mayoría de los hombres no dudamos en mirar hacia Dios cuando hay malos tiempos, ante catástrofes naturales, o la hambruna mundial. Nos volvemos sin dudar para preguntar “¿Cómo Dios puede permitir esto? Si Dios existiera –comentamos categóricos– no permitiría estas injusticias”. Pero ¿y aquí?, cabe preguntarse ¿y Dios vive aquí?

No tengo duda de que sí, de que Dios puede vivir en Wall Street, en la Ciudad Financiera o en la mismísima Bolsa de Londres con la misma naturalidad con la que vive en el pecho de hombres y mujeres del pueblo más perdido de Laponia. Dios vive allí donde le dejan vivir.

Este libro que ahora tienes entre las manos, no es más que el firme empeño de descubrir a Dios entre los correos electrónicos, las *conference call*, las reuniones interminables, las comisiones ejecutivas, el IBEX 35, el CAC 40 o el Dow Jones... Porque allí también está. El problema es que no sabemos encontrarle pese a que cada hombre, todos los hombres, le buscamos con la ansiedad de quien busca la felicidad por encima de todo, la única y definitiva felicidad. Todo hombre ansía buscar a Dios, porque todo hombre pide al cielo lo que la tierra no puede darle.

No sé el camino. Siento vértigo al iniciar estas líneas que no comprendo por qué acometo. Tal vez porque quiero compartir las mismas inquietudes y anhelos, angustias y pasiones... que todo ser humano busca en el fondo de su alma.

Y en mi pequeñez no puedo más que mirar hacia arriba, hacia donde se supone que miramos cuando queremos ver a Dios, y pedirle con las fuerzas de un hombre limitado, que me acompañe en este camino que sé dónde empieza, pero no donde acabará.

La mayoría de nosotros hemos tenido fe alguna vez. Nos educaron en que existe alguien superior que rige los destinos del mundo y de nuestra vida. Alguien en quienes los niños y los viejos creen de una manera convencida, pero que a nosotros nos parece una excusa para encontrar justificación a las cosas.

Es posible que desde hace tiempo hayamos abandonado cualquiera de las formas que la religión sugiere para tratar a Dios. Nos parecen, cuando menos, aburridas, frías y poco creíbles. Tal vez, el único camino que imaginamos de tratar a Dios sea el de tratarle directamente, de tú a tú, en esos extraños momentos que la vida propone, en los que sentimos que el corazón y alma necesitan volar.

Pensamos, y no nos falta razón, que nos aburren esos discursos retóricos, con el que los ministros de la religión parecen platicar en alguno de los funerales, bodas o comuniones a los que debemos asistir. Pensamos cómo es posible que la gente crea en algo tan alejado de la realidad,

de esa realidad imponente, real y poderosa que supone el mundo en el que nos movemos, el que hacemos cada día con nuestro trabajo.

Dios está en Wall Street, sí. Pensando en esa realidad es como surgió este libro. Vamos, como Diógenes, con una lámpara a la búsqueda de un amigo. Necesito, como necesita hasta el último de los hombres, saber si Dios vive ahí, si es posible que pueda verle y conocerle, si es cierto que la vida de Dios no está tan alejada de la mía, y si en algún lugar de ese extraño horizonte, nos podemos encontrar.

CAPÍTULO I

¿Dios existe?

“La esperanza es más fuerte que la duda en el corazón del hombre”.

Georges Chevrot

1. *KINGDOM COMES*

Un día asistí a una reunión para empresarios españoles con posible interés en invertir en la producción de una película sobre la vida de Jesucristo que pretendía llevar por nombre *Kingdom Comes*.

La presentaban el que sería su director, Dean Wright, conocido por ser el director de efectos especiales en varias películas entre las que destaca *El Señor de los anillos*. Le acompañaba Eduardo Verástegui que interpretaría a San Pedro.

Durante un rato proyectaron algunos vídeos que mostraban el estilo que pretendía dar a la superproducción que aspiraba a un presupuesto, entre producción y marketing, de más de 600 millones de dólares. De hecho, en su realización trabajarían más de 11 personas premiadas con un Óscar.

Al final de la reunión llegó el turno de las preguntas. Versaron sobre diferentes aspectos, especialmente sobre el retorno económico de la inversión. Como a mí esos aspectos no me interesaban tanto, quise preguntarle a Dean cuál era su idea de Jesucristo. Le pregunté si quería mostrar un Jesús misericordioso, alegre, poderoso...

Como Dean apenas hablaba español, fue Eduardo quien tomó la palabra:

—Perdona que sea yo quien te conteste, pero he podido hablar tanto con Dean de este tema, que no tengo duda de darte una respuesta. Fue lo primero que le pregunté cuando conocí el proyecto. Su objetivo, y el de todo el equipo, es que la gente conozca a Jesucristo, porque cuando le conozcan, le querrán. Pretendemos que esta película pueda ser vista en el mundo entero, en lugares tan remotos como China donde apenas la gente ha oído hablar de él. Queremos —y aquí moduló la voz— que la gente le conozca y le quiera. Lo demás no importa.

Pasé todo el día dando vueltas a la respuesta de Eduardo y de Dean. Tienen razón. No se trata de dar explicaciones filosóficas, ni de mostrar una religión con más o menos protocolo. No es un tema de razón, ni de ciencia. No se trata de entender, ni siquiera es un tema de voluntad. Es así de sencillo. Quererle tanto que solo tenga sentido estar a su lado.

Dios no es un problema, o un plan de negocio, ni siquiera un premio para el que ha hecho bien las cosas. Dios es alguien al que se quiere.

2. LA CREACIÓN DEL MUNDO O LA TEORÍA DE LA PROBABILIDAD

Parece que hay un cierto consenso en admitir que la creación del mundo responde a un proceso evolutivo de casualidades, basado en un número casi infinito de años que han provocado esa creación.

Asombra que inteligencias bien formadas y desarrolladas, estén dispuestas a creer que la ley de probabilidades pueda crear el mundo tal y como lo conocemos.

Somos capaces de admitir que ese cúmulo de probabilidades es más coherente que el hecho de que el mundo responda al plan de un ser inteligente que lo ha previsto todo.

Basta observar la perfecta posición de la Tierra en la Vía Láctea, el grado exacto de inclinación de la Luna para que la Tierra no sufra el terrible efecto invernadero, o el grado de agua existente en nuestro planeta, que es el justo para provocar la vida, para pensar que tantas casualidades son muy superiores al hecho de creer que nos va a tocar la lotería todos los días de nuestra vida.

Y sin embargo preferimos creer en la casualidad antes que en Dios. Pero aún en ese caso, aunque la composición del mundo se deba a millones y millones de casualidades evolutivas, siempre nos cabe pensar que alguien ha tenido que hacer esa primera cosa que luego ha evolucionado.

—Es que ese primer material —pensamos— existe eternamente.

Nada hay que repugne tanto a la ciencia como pensar que hay un material eterno. Alguien hizo ese primer algo, y ese alguien es Dios.

Para cualquiera de nosotros, “la creación ofrece suficiente armonía como para que jamás pueda dudar de Dios, y suficiente caos para que nunca pueda comprenderlo del todo”¹. Si los hombres de empresa se caracterizan por alguna cosa es por su sentido práctico. Es práctico, mucho más práctico, pensar que existe Dios.

3. ENTONCES, ¿VAMOS A HABLAR DE DIOS?

Lo vamos a intentar convencidos de que todos nos lo hemos planteado alguna vez cuando hemos sentido el vacío de una vida que no nos termina de convencer.

4. ¿SE PUEDE CREER EN UN DIOS AL QUE NO VEMOS?

La mayoría de las personas creemos a diario en cientos de cosas que no vemos. Datos, estadísticas, noticias... Nos queda la tranquilidad de que, aunque no las veamos, sabemos que podemos comprobarlas por nosotros mismos. Jamás lo haremos, pero esa lógica nos deja tranquilos. Dudamos de Dios porque no le vemos.

¹ Gustave Thibon (1973). *Nuestra mirada ciega ante la luz*. Madrid: Rialp.

Por eso, la gente que cree en Dios cree en Él porque lo quiere, porque lo siente. Le pasa lo mismo a un hombre que ama a una mujer porque siente en ella lo que no puede ver, ese halo de eternidad que le hace sentirse muy por encima de las cosas materiales. Lo invisible es lo que me hace creer en lo visible.

5. DIOS NO ES UNA IDEA, ES ALGUIEN

Hay un cierto consenso social en que creemos en las personas y no en las corporaciones. Nos gustan estas últimas porque llevan asociadas ventajas y oportunidades, pero a la hora de la verdad, a lo que seguimos es a las personas con el convencimiento de que es lo que vale la pena. Por mucho que estimemos nuestra compañía, sabemos que al final no es más que eso, una sociedad anónima, es decir, una entidad cuyo interés social están por encima de los particulares y que algún día, por mucho que hayamos creído que aquella es la empresa de nuestros sueños, nos dirá que ya no son necesarios nuestros servicios, y que es mejor que la abandonemos. Por eso, nos gusta trabajar para una empresa, ciertamente, pero puestos a seguir, lo que nos gusta es seguir a una persona.

Con Dios pasa lo mismo, y es que Dios no es una idea o un concepto. Ni siquiera unos valores. Dios es alguien. La relación entre Dios y el hombre no es un planteamiento filosófico de presupuestos más o menos razonables. Dios no es un concepto que nos ayude a explicarnos a nosotros mismos. La relación entre Dios y el hombre es la historia

de dos seres que se conocen, y de lo que pasa como consecuencia de esa relación.

6. CON SOLO UNA VEZ

Es una historia real, que impresiona mucho a quien la lee, sobre todo si quien lo hace es de los que no cree en Dios. Me la contó mi padre de un amigo al que quería mucho.

Murió con 26 años en un accidente de coche. Un remolque se soltó de un camión y se fue a estrellar en el coche donde viajaba. Los médicos apenas pudieron hacer nada por él. El médico principal que le atendía, cuando fue a comunicárselo a su madre le dijo: “Yo no conocía de nada a su hijo, pero viéndole morir, he estado convencido de que era un hombre santo”.

La historia comienza mucho antes, cuando el protagonista pasó su adolescencia. A su padre lo fusilaron durante la Guerra Civil, y se quedó al cuidado de su madre junto a sus hermanos. Años difíciles en los que leía todo lo que pasaba por sus manos, hasta que de tanto cuestionárselo todo terminó por perder la fe que había heredado de sus padres. Y con la pérdida de la fe, el cambio a una vida disoluta, sin importarle nada, ni el cuándo ni el con quién.

Le gustaba entonces molestar a sus amigos en asuntos de religión, especialmente a uno que se preparaba para ser sacerdote. En el colmo de su transformación, en mitad de una tormenta, se ponía a campo abierto bajo la lluvia torrencial mientras a gritos miraba al cielo diciendo: “Si

eres tan poderoso, que caiga ahora mismo un rayo y me parta por la mitad”.

Ahora no dudaba en leer la Biblia, buscando la forma de encontrar con qué rebatir y evidenciar los estudios de su amigo, lo que gracias a su inteligencia conseguía muchas veces. Ya no rezaba. Sus oraciones eran más bien, una mirada hacia el cielo y un reto:

–Con solo una vez que te vea, te seguiré.

Una tarde que estaba estudiando uno de los pasajes bíblicos sintió que su amigo le tocaba el hombro por la espalda mientras le preguntaba:

–¿Qué haces?

En ese instante sintió que toda su vida pasaba ante él como en un segundo. Con las manos sobre la cara pasó la tarde llorando, hasta que con ayuda de su amigo se marchó a ver a un sacerdote conocido de ellos. La conversación se hizo larga, profunda. Juntos revisaron su vida, y sobre todo juntos, lloraron como dos niños pensando en el guion de esa vida que ahora repasaban. Después de confesarse se fue al cementerio a rezar ante la tumba de su padre.

“Al salir –contaba años más tarde– dejé de sentir. Es como si el hechizo de esas horas, esa impresión que fue como una luz, como un trallazo, hubiera desaparecido de golpe”. Nunca más lo volvió a sentir, y con esa huella vivió el resto de su vida, que ahora se terminaba de golpe en brutal accidente.

Pero le dije que con solo una vez que la viera, le seguiría.

7. EL DIOS DE LOS ATEOS

El hombre ansía lo que el hombre no puede dar. “No hay mejor prueba psicológica de la existencia de Dios que el desprecio con el que los ateos como Nietzsche o Sartre hablan de Dios. Los que quieren eliminar a Dios en beneficio del hombre son luego los que menos perdonan al hombre el no ser Dios. El que cree en Dios puede ser indulgente con las miserias del hombre porque sacia a mayor altura su sed de eternidad”². Pero el que solo cree en el hombre, queda pronto decepcionado. El error inicial de los ateos consiste en proyectar en la idea que se hacen de la persona de Dios los límites y la contingencia de la personalidad humana.

8. EL HOMBRE DE EMPRESA ES UN HOMBRE PRÁCTICO

La gente de empresa es gente práctica. O Dios existe o no existe. Si no existe, entonces vale todo. Si existe, entonces también es verdad que todo cambia.

9. LOS ATEOS CREEN EN DIOS

Hay intelectuales, hombres de ciencia y pensadores, convencidos de acumular suficientes pruebas para poder negar la existencia de Dios. En realidad, lo único que prueban es que Dios no es como ellos piensan y no responde a sus pruebas y demostraciones. Dios se escapa a sus fríos cál-

2 Gustave Thibon (1973), *op. cit.*, p. 33.

culos y elucubraciones, con la sencillez con la que el agua se escapa entre las manos. Lo cual es una forma más, y bastante tranquilizadora de que Dios existe. Sí, Dios existe y no es ninguno de ellos.

Cuentan que paseaba San Agustín por la orilla del mar reflexionando sobre las cosas de Dios, ante la constante frustración de no entenderlas. Al pasar vio a un niño pequeño jugando en la arena. Con una concha pasaba agua del mar a un agujero que había hecho en el suelo. Al verle, le preguntó:

–¿Qué haces?

–Meter el mar en este agujero –respondió.

–Pero eso es imposible –le dijo.

–Cierto. Igual de imposible es que Dios quepa en tu cabeza.

10. CREER EN DIOS O CREER EN MÍ

La vida de los hombres, de cada hombre, es un duelo entre creer en Dios o creer en uno mismo.

A los hombres de empresa nos va, sin duda, esta última opción. Creemos en nuestras fuerzas, en nuestra capacidad. Nuestra trayectoria de éxitos o de logros, es como la confirmación de que hemos acertado en la elección y que las cosas se sacan adelante apretando los puños, y poniendo más esfuerzo y trabajo. Nos parece como si las cosas de Dios tuvieran más que ver con otro mundo, bien alejado, que vive en las iglesias y en las tierras de misión. Y solo la

impotencia de ver que las cosas en algunos momentos se desmoronan a nuestro paso, es la que nos hace exclamar: “Dios mío”.

Ese duelo durará toda la vida. Creer en Él o creer en mí. Pero con la confianza de que “A medida que avanzamos en la vida, nuestras certezas disminuyen en número y en precisión, pero crecen en profundidad, en intimidad, en certeza: son cada vez más seguras y menos comunicables”³. La certeza de que es Dios quien hace las cosas a pesar nuestro...

11. FIARSE DEL CEO, FIARSE DE DIOS

Imagina que tu jefe actuara solo atendiendo los comentarios que unos y otros hacemos, que solo actuara atendiendo nuestros criterios. Estamos convencidos que un jefe así no es jefe, y que posiblemente serían los propios empleados de la empresa lo que terminarían demandando el cese de ese director. Solo hay una cosa que los empleados rechazan tanto como un jefe dictador: un jefe sin autoridad.

Ciertamente reprochamos un jefe que no gobierne atendiendo las necesidades de sus empleados, pero reprochamos igualmente un jefe que gobierne sin un criterio, sin una visión de dónde quiere ir. Queremos un jefe cercano, sí, pero aún más queremos un jefe que sepa llevarnos a donde queremos ir, que no dude en tomar las decisiones que hay que tomar, aunque sean duras. Tal vez algunas veces no las entendamos del todo, pero nos da tranquilidad saber que él

3 Gustave Thibon (1973), *op. cit.*, p. 61.